

## Gloria de Pentecostés

Que fiesta maravillosa es esta de Pentecostés, fuego, aire, luz y color, brilla como el arco iris con esa luz que se derrama en lenguas de fuego al aire del Espíritu soplando suavemente su huracán.

Es la fiesta del amor del Padre y del Hijo en su reencuentro, reencuentro que se repite eternamente, es la fiesta que remata y da su pleno esplendor a la Pascua, a la Resurrección. Las lenguas de fuego que se posaron sobre los reunidos en el Cenáculo de Jerusalén y transformaron un grupo de apóstoles miedosos en unos decididos predicadores a quien ya no les importaba nada el peligro. Para ellos ya lo único era dar a conocer Jesucristo y el mensaje de amor de la Sangre de Cristo. Los que les escuchaban los creían borrachos de vino, no, estaban ebrios de Espíritu Santo. Que fiesta más bonita y necesaria para arrancarnos nuestro miedos. Que necesario para eso es que sintamos por un momento el vigor y el fuego del Espíritu con su poder inmenso que nos transforma en cristianos atrevidos cosa que en general no somos. Es la fiesta del fuego, la fiesta de la posibilidad de comunicar, la de la unidad en lenguas diferentes. En este día del Espíritu, Dios no volvió a dar al mundo un único lenguaje como el que tenían los hombres al pie de la torre de Babel, pero por el poder del Espíritu Santo dio la posibilidad de hacer oír a cualquier hombre su salvación. El texto de Genesis dice cosas muy interesantes sobre la separación de un único lenguaje y la creación de la diversidad de lenguas, y sobre nuestra sempiterna tentación, la misma que tuvieron los hombres en el valle de Sinaar, llegar a Dios por nuestros propios medios por nuestro trabajo, por nuestra capacidad. En este momento del mundo vemos demasiado bien donde están nuestras capacidades y lo que hacemos con ellas.

El Espíritu no quita la diversidad porque es fuente de riqueza pero en este día de Pentecostés la enriquece con el regalo de su Don para que cada diversidad entienda en su lenguaje y su cultura la única palabra “El Verbo “ que pregonan ahora con entusiasmo los que la han recibido. No fue porque decidieron ser valientes, no fue porque los espíritus de sus compatriotas se habían aplacados, no fue por ningún razonamiento. Fue porque el vendaval del Espíritu se los llevo en su torbellino que se encontraron todos predicando a todas las naciones reunidas en Jerusalén, y fue precisamente en esa Jerusalén ciudad de la paz que mataba a los profetas, donde habían asesinado a Jesús, donde había Resucitado gloriosamente, de donde había ascendido hacia el Padre que para nuestro gozo tuvo lugar el primer Pentecostés que desde entonces celebramos. Laus Deo.

Cordélia de Castellane